PAGINAS DE LOS CRONISTAS

EL PADRE JOSE DE ACOSTA. 1540 - 1600

ACOSTA, JOSE de, 1540-1600.

Podría parecer extraño el incluir entre los cronistas del Nuevo Reino en el siglo XVI al P. José de Acosta, quien no visitó nuestro territorio ni escribió especialmente de él. Pero es tal la importancia que tiene en la historiografía de América, que el investigador que quiera estudiar el carácter físico y moral de los naturales, la naturaleza del suelo americano, su fauna y su flora; los ritos, costumbres y leyes de estos pueblos, tiene que recurrir necesariamente a los escritos del docto jesuita. Desde el punto de vista de la catequización de los naturales, su libro *De Procuranda Indorum Salute* es de obligada consulta. No se debe olvidar la influencia que tuvo en los concilios Peruanos que rigieron también entre nosotros.

QUE SE HALLA EN LOS ANTIGUOS ALGUNA NOTICIA DE ESTE NUEVO MUNDO

Resumiendo lo dicho, queda que los Antiguos, o no creyeron haber hombres pasado el Trópico de Cáncer como San Agustín y Lactancio sintieron, o que si había hombres, a lo menos no habitaban entre los Trópicos, como lo afirman Aristóteles y Plinio, y antes que ellos, Parménides Filósofo. Ser de otra suerte lo uno y lo otro, ya está bastante averiguado. Mas todavía muchos con curiosidad preguntan, si de esta verdad que en nuestros tiempos es tan notoria, hubo en los pasados alguna noticia. Porque parece cierto cosa muy extraña, que sea tamaño este mundo nuevo, como con nuestros ojos lo vemos, y que en tantos siglos atrás no haya sido sabido por los Antiguos. Por donde pretendiendo quizá algunos menoscabar en esta parte la felicidad de nuestros tiempos, y obscurecer la gloria de nuestra nación, procuran mostrar, que este nuevo Mundo fue conocido por los Antiguos: y realmente no se puede negar, que haya de esto algunos rastros. Escribe San Gerónimo en la Epístola a los Efesios: "Con razón preguntamos, qué quiera decir el Apóstol en aquellas palabras: en las cuales cosas anduvistes un tiempo según el siglo de este mundo, si quiere por ventura dar a entender, que hay otro siglo que no pertenezca a este mundo, sino a otros mundos, de los cuales escribe Clemente en su Epístola: El Océano y los mundos que están más allá del Océano. Esto es de San Gerónimo. Yo cierto no alcanzo, qué Epístola sea esta de Clemente, que San Gerónimo cita; pero ninguna duda tengo que lo escribió así San Clemente, pues lo alega San Gerónimo. Y claramente refiere San Clemente, que pasado el mar Océano, hay otro mundo y aun

mundos, como pasa en efecto de verdad, pues hay tan excesiva distancia del un nuevo mundo al otro nuevo mundo, quiero decir, de este Perú e India Occidental a la India Oriental y China. También Plinio, que fue tan extremado en inquirir las cosas extrañas y de admiración, refiere en su Historia Natural, que Hannón, Capitán de los Cartagineses, navegó desde Gibraltar, costeando la mar, hasta el último de Arabia, y que dejó escrita esta su navegación. Lo cual sí es así, como Plinio lo dice, síguese claramente que navegó el dicho Hannón todo cuanto los Portugueses hoy día navegan, pasando dos veces la equinoccial, que es cosa para espantar. Y según lo trae el mismo Plinio de Cornelio Nepote, Autor grave, el propio espacio navegó otro hombre llamado Eudoxo, aunque por camino contrario, porque huyendo el dicho Eudoxo, del Rey de los Latyros, salió por el mar Bermejo al mar Océano, y por él volteando llegó hasta el Estrecho de Gibraltar, lo cual afirma el Cornelio Nepote haber acaecido en su tiempo. También escriben Autores graves, que una nave de cartagineses llevándola la fuerza del viento por el mar Océano, vino a reconocer una tierra nunca hasta entonces sabida, y que volviendo después a Cartago, puso gran gana a los cartagineses de descubrir y poblar aquella tierra, y que el Senado con ríguroso decreto vedó la tal navegación, temiendo que con la codicia de nuevas tierras, se menoscabase su patria. De todo esto se puede bien colegir, que hubiese en los antiguos algún conocimiento del nuevo mundo; aunque particularizando a esta nuestra América, y toda esta India Occidental, apenas se halla cosa cierta en los libros de los escritores antiguos. Mas de la India Oriental no solo la de la una parte, sino también la de la otra, que antiguamente era la más remota por caminarse al contrario de ahora, digo que se halla mención, y no muy corta, ni muy obscura. ¿Por qué? ¿a quien no le es fácil hallar en los antiguos la Malaca, que llamaban Aurea Chersoneso? ¿Y al cabo de Comorin, que se decía Promontorium Cori?, y la grande y célebre Isla de Sumatra, por antiguo nombre tan celebrado, Taprobana? ¿Qué diremos de las dos Etiopías? ¿qué de los Braçmanes? ¿qué de la tierra de los Chinos? ¿Quién duda en los libros de los Antiguos, que traten de estas cosas no pocas veces? Mas de las Indias occidentales, no hallamos en Plinio, que en esta navegación pasase de las Islas Canarias, que él llama Fortunatas; y la principal de ellas dice haberse llamado Canaria, por la multitud de canes o perros que en ella había. Pasadas las Canarias, apenas hay rastro en los antiguos de la navegación que hoy se hace por el golfo, que con mucha razón le llaman grande. Con todo eso se mueven muchos a pensar, que profetizó Séneca, el Trágico, de estas Indias Occidentales, lo que leemos en su Tragedia Medea en sus versos anapésticos, que reducidos al metro castellano, dicen así:

*Tras largos años vendrá
Un siglo nuevo y dichoso
Que al Océano anchuroso
Sus límites pasará.*

*Descubrirán grande tierra,
Verán otro nuevo Mundo,
Navegando el gran profundo,
Que ahora el paso nos cierra.*

*La Thule tan afamada
Como del mundo postrera,
Quedar en esta carrera
Por muy cercana contada.*

Esto canta Sneca en sus versos; y no podemos negar que al pie de de la letra pasa as, pues los aos largos que dice, si se cuentan del tiempo del Trgico, son al pie de mil y cuatrocientos, y si de el de Medea, son ms de dos mil; que el Ocano anchuroso haya dado el paso, que ten cerrado, y que se haya descubierto grande tierra, mayor que toda Europa y Asia, y se habite otro nuevo mundo, vmoslo por nuestros ojos cumplido, y en esto no hay duda. En lo que la puede con razn haber, es, en si Sneca adivin, o si acaso di en estos su Poesa. Yo para decir lo que siento, siento que adivin con el modo de adivinar que tienen los hombres sabios y astutos. Vea que ya en su tiempo se tentaban nuevas navegaciones y viajes por el mar: saba bien, como Filsofo, que haba otra tierra opuesta del mismo ser, que llaman Antichtona. Pudo con este fundamento considerar, que la osada y habilidad de los hombres, en fin llegara a pasar el mar ocano, y pasndole, descubrir nuevas tierras, y otros mundos, mayormente siendo ya cosa sabida en tiempo de Sneca el suceso de aquellos naufragios que refiere Plinio, con que se pas el gran mr Ocano. Y que este haya sido el motivo de la profeca de Sneca, parece lo dan a entender los versos que preceden, donde habiendo alabado el sosiego y vida poco bulliciosa de los Antiguos, dice, as:

*Mas ahora es otro tiempo,
y el mar de fuerza o de grado
ha de dar paso al osado,
y el pasarle es pasatiempo.*

Y ms abajo dice as:

*Al alto mar proceloso
ya cualquier barca se atreve:
todo viaje es ya breve
al navegante curioso.*

*No hay ya tierra por saber,
no hay Reyno por conquistar,
nuevos muros ha de hallar
quien se piensa defender.*

*Todo anda ya trastornado,
sin dejar cosa en su asiento:
el mundo claro y asento
no hay ya en l rincn cerrado.*

*El indio clido bebe
del Ro Araxis helado,
y el Persa en Albis baado,
y el Rhin ms fro que nieve.*

De esta tan crecida osadía de los hombres viene Séneca a conjeturar lo que luego pone, como el extremo a que ha de llegar, diciendo: Tras largos años vendrá &c. como está ya dicho.

(*Historia Natural y Moral de las Indias*. Cap. XI).

QUE SINTIO PLATON DE ESTA INDIA OCCIDENTAL

Mas si alguno hubo que tocase más en particular esta India occidental, parece que se le debe a Platón esa gloria, el cual en su *Timeo* escribe así: En aquel tiempo no se podía navegar aquel golfo (y va hablando del mar Atlántico, que es el que está en saliendo del Estrecho de Gibraltar), porque tenía cerrado el paso a la boca de las columnas de Hércules, que vosotros soléis llamar, (que es el mismo Estrecho de Gibraltar) y era aquella Isla que estaba entonces junto a la boca dicha, de tanta grandeza, que excede a toda la Africa y Asia juntas. De esta Isla había paso entonces a otras Islas para los que iban a ellas; y de las otras Islas se iba a toda la Tierra firme, que estaba frontero de ellas, cercada del verdadero mar. Esto cuenta Cricias en Platón. Y los que se persuaden que esta narración es historia, y verdadera historia, declarada en esta forma, dicen que aquella grande Isla llamada Atlantis, la cual excedía en grandeza a Africa y Asia juntas, ocupaba entonces la mayor parte del mar Océano, llamado Atlántico, que ahora navegan los españoles, y que las otras islas que dice estaban cercanas a esta grande, son las que hoy día llaman Islas de Barlovento, es a saber, Cuba, Española, San Juan de Puertorico, Jamaica, y otras de aquel paraje. Y que la tierra firme que dice, es la que hoy día se llama Tierra firme, y este Perú y América. El mar verdadero que dice estar junto a aquella tierra firme, declaran que es este mar del sur, y que por eso se llama verdadero mar, porque en comparación de su inmensidad, esotros mares Mediterráneos, y aún el mismo Atlántico, son como mares de burla. Con ingenio, cierto, y delicadeza está explicado Platón por los dichos Autores curiosos: con cuanta verdad y certeza, eso en otra parte se tratará.

(Op. cit. Cap. XII).

DE LAS ESMERALDAS

Aunque será bien primero decir algo de las esmeraldas, que así por ser cosa preciada como el oro y plata de que se ha dicho, como por ser su nacimiento también en minas de metales, según Plinio no viene fuera de propósito tratar aquí de ellas. Antiguamente fue la esmeralda estimada en mucho; y como el dicho Autor escribe, tenía el tercer lugar entre las joyas después del diamante y de la margarita. Hoy día, ni la esmeralda se tiene en tanto, ni la margarita, por la abundancia que las Indias han dado de ambas cosas: solo el diamante se queda con su reinado, que no se lo quitará nadie: tras él los rubíes finos, y otras piedras se precian en más que las esmeraldas. Son amigos los hombres de la singularidad, y lo que ven ya común no lo precian. De un Español cuentan, que en Italia al principio que se hallaron en Indias, mostró una esmeralda a un Lapidario, y preguntó el precio: vista por el otro, que era de excelente cualidad y tamaño, respondió, que cien escudos; mostrólo otra mayor, dijo que tres-

cientos. Engolosinado del negocio, llevóle a su casa, y mostróle un cajón lleno de ellas: en viendo tantas dijo el italiano: Señor, éstas valen a escudo. Así ha pasado en Indias y España, que el haber hallado tanta riqueza de estas piedras les ha quitado el valor. Plinio dice excelencias de ellas, y que no hay cosa más agradable, ni más saludable a la vista, y tiene razón; pero importa poco su autoridad mientras hubiere tantas. La otra Lolia Romana, de quien cuenta, que en un tocado y vestido labrado de perlas y esmeraldas echó cuatrocientos mil ducados de valor, pudiera hoy día con menos de cuarenta mil hacer dos pares como aquel. En diversas partes de Indias se han hallado. Los Reyes mejicanos las preciaban, y aun usaban algunos horadar las narices, y poner allí una excelente esmeralda. En los rostros de sus ídolos también las ponían. Mas donde se ha hallado, y hoy en día se halla más abundancia, es en el nuevo Reino de Granada, y en el Perú cerca de Manta y Puerto-vejo. Hay por allí dentro de una tierra que llaman de las Esmeraldas, por la noticia que hay de haber muchas, aunque no ha sido hasta ahora conquistada aquella tierra. Las esmeraldas nacen en piedras a modo de cristales, y yo las he visto en la misma piedra, que van haciendo como veta, y según parece, poco a poco se van cuajando y afinando: porque ví unas medio blancas, medio verdes: otras cuasi blancas: otras ya verdes y perfectas del todo. Algunas he visto del grandor de una nuez, y aún mayores. Pero no sé que en nuestros tiempos se hayan descubierto del tamaño del catino o joya que tienen en Génova, que con razón la precian en tanto por joya, y no por reliquia, pues no consta que lo sea, antes lo contrario. Pero sin comparación excede lo que Teofrasto refiere de la esmeralda que presentó el Rey de Babilonia al Rey de Egipto, que tenía de largo cuatro codos, y tres de ancho, y que en el templo de Júpiter una aguja hecha de cuatro piedras de esmeraldas, que tenía de largo cuarenta codos, y de ancho en partes cuatro, y en partes dos; y que en su tiempo en Tiro había en el templo de Hércules un pilar de esmeralda. Por ventura era, como dice Plinio, de piedra verde que tira a esmeralda, y la llaman esmeralda falsa. Como algunos quieren decir, que ciertos pilares que hay en la Iglesia Cathedral de Córdoba, desde el tiempo que fue mezquita de los Reyes Miramamolines Moros, que reinaron en Córdoba, que son de piedra de esmeralda. En la flota del año de ochenta y siete, en que yo vine de Indias, trajeron dos cajones de esmeraldas, que tenía cada uno de ellos por lo menos cuatro arrobas, por donde se puede ver la abundancia que hay. Celebra la divina Escritura las esmeraldas como joya muy preciada, y pónelas así entre las piedras preciosas que traía en el pecho el Sumo Pontífice, como en las que adornan los muros de la celestial Jerusalén.

(Op. cit. Cap. XIV).

DE LAS PERLAS

Ya que tratamos la principal riqueza que se trae de Indias, no es justo olvidar las perlas que los Antiguos llamaban margaritas, cuya estima en los primeros fue tanta, que eran tenidas por cosa que solo a personas Reales pertenecían. Hoy día es tanta la copia de ellas, que hasta las negras traen sargas de perlas. Críanse en los ostiones o conchas del mar entre la misma carne; y a mí me ha acaecido, comiendo algún ostión,

hallar la perla en medio. Las conchas tienen por de dentro una colores del Cielo muy vivas, y en algunas partes hacen cucharas de ellas, que llaman de nácar. Son las perlas de diferentísimos modos en el tamaño, figura, color y lisura, y así su precio es muy diferente. Unas llaman Avemárias, por ser como cuentas pequeñas de Rosario: otras Paternos-tres, por ser gruesas. Raras veces se hallan dos que en todo convengan en tamaño, en forma o en color. Por eso los Romanos (según escribe Plinio) las llamaron Uniones. Cuando se aciertan a encontrar dos que en todo convengan, suben mucho de precio, especialmente para zarcillos; algunos pares he visto, que los estimaban en millares de ducados, aunque no llegasen al valor de las dos perlas de Cleopatra, que cuenta Plinio, haber valido cada una cien mil ducados, con que ganó aquella Reina loca la apuesta que hizo Marco Antonio, de gastar en una cena más de cien mil ducados, porque acabadas las viandas echó en vinagre fuerte una de aquellas perlas, y deshecha así, se la tragó: la otra dice, que partida en dos, fue puesta en el Panteón de Roma en los zarcillos de la estatua de Venus. Y del otro Clodio hijo de el Farsante, o trágico Esopo cuenta, que en un banquete dio a cada uno de los convidados una perla rica deshecha en vinagre, entre los otros platos, para hacer la fiesta magnífica. Fueron locuras de aquellos tiempos éstas; y las de los nuestros no son muy menores, pues hemos visto no solo los sombreros y bandas, mas los botines y chapines de mujeres de por ahí cuajados todos de labores de perlas. Sácanse las perlas en diversas partes de Indias, donde con más abundancia es en el mar del sur cerca de Panamá, donde están las Islas, que por esta causa llaman de las perlas. Pero en más cantidad y mejores se sacan en la mar del norte cerca de el río que llaman de la Hacha. Allí supe cómo se hacía esta granjería, que es con harta costa y trabajo de los pobres buzos, los cuales bajan seis, y nueve, y aun doce brazas en hondo a buscar los ostiones, que de ordinario están asidos a las peñas y escollos de la mar. De allí los arrancan, y se cargan de ellos, y se suben y los echan en las canoas, donde los abren y sacan aquel tesoro que tienen dentro. El frío del agua allá dentro del mar es grande, y mucho mayor el trabajo de tener el aliento estando un cuarto de hora a veces, y aun media, en hacer su pesca, para que puedan tener el aliento, hacenles a los pobres buzos que coman poco, y manjar muy seco, y que sean continentes. De manera que también la codicia tiene sus abstinentes y continentes, aunque sea a su pesar. Lábranse de diversas maneras las perlas, y horá-danlas para sartas. Hay gran demasía donde quiera. El año de ochenta y siete vi en la memoria de lo que venía de Indias para el Rey, diez y ocho marcos de perlas, y otros tres cajones de ellas, y para particulares, mil doscientos y sesenta y cuatro marcos de perlas, y sin esto otras siete ta-legas por pesar, que en otro tiempo se tuviera por fabuloso.

(Op. cit. Cap. XV).